

COLORES, IMÁGENES Y POESÍA

Ana Julia Russi

Maestra de Humanidades

*"Con el recuerdo vago de las cosas
Que embellecen el tiempo y la distancia
Retornan a las almas cariñosas
Cual bandada de blancas mariposas,
Los plácidos recuerdos de la infancia".*

Fueron unos de los tantos versos del poeta Silva, que Armando Orozco compartió con mis estudiantes esa tarde de marzo, cuando visitamos aquel lugar, consagrado a cultivar el gusto por la poesía y las letras.

El viento helado que venía de los cerros de *Montserrat* y *Guadalupe*, hizo que los niños se apresuraran a ingresar a la casona. Al entrar al recinto, donde recibirían la primera charla, sus pasos resonaban en el piso de madera. El pequeño salón estaba decorado con fotos del poeta Silva y su familia: Elvira, su hermana y confidente; Ricardo Silva, su padre y Vicente Silva, su madre. En la parte de atrás había fotos del poeta cuando era niño. Igualmente había fotos de la época en que viajó a Europa. Pero también estaba la foto que le tomaron ese día aciago, en que decidió acabar con su vida. Se respiraba un ambiente, mezcla de recogimiento, solemnidad y nostalgia.





—Buenas tardes— saludó efusivo Armando. Después supe que además de escribir versos, era profesor de literatura.

—Buenas tardes— respondieron los niños, poniéndose de pie.

Armando vestía una chaqueta negra de cuero, *blue jeans*, camisa azul. De su hombro colgaba una mochila de variados colores. En sus manos llevaba una caja que contenía un montón de libros, que rápidamente fue entregando a todo el auditorio. Rafael Pombo, Andersen, Wilde, Asunción Silva, por supuesto; María Mercedes Carranza y muchos otros, se quedaron en las manos de los niños y, obviamente en sus corazones.

Historias, narraciones, versos, anécdotas, fábulas, biografías, como iluminaciones extraordinarias fueron instalándose en el salón. El ambiente sombrío que encontramos a la llegada, fue cambiando lentamente, hasta convertirse en un espacio mágico donde no había lugar para otros sentimientos que no fueran la alegría y el placer. Las fotografías que antes nos parecían frías y distantes, se tornaron expresivas. Las pequeñas ventanas de cerraduras, que al comienzo se negaban a dejar entrar los rayos del sol, dieron paso para que éste pudiera resplandecer con toda libertad. El aire helado fue desapareciendo. El verde pálido de las paredes se hizo intenso y, hasta las antiguas lámparas, esparcieron su luz con mayor intensidad. Todo porque la fuerza creadora de la palabra y la poesía, encontraron en cada uno de los niños, la capacidad de asombro y los dones de la imaginación y la fantasía.

Pronto nos dirigimos a la sala de lectura. Fue el segundo encuentro con muchos otros libros. Claudia, Carolina, Raúl, Catalina, Wendy, Jhon Alexander, sacaron sus hojas para copiar algunos versos que cautivaron su atención y que deseaban conservar. Claro, la mayoría de esos versos eran de silva. El conversatorio de Armando en torno al poeta suscitó en ellos gran sensibilidad e interés por su obra.

El paso por esta sala duró muy poco. Debíamos proseguir con nuestra visita. Fue así como, nuevamente Armando, se unió al grupo para acompañarnos y seguir



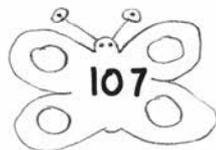


compartiendo su devoción por la poesía y todo lo que ella encierra. Con una gran dosis de entusiasmo, empezó a mostrarnos las fotos de muchos poetas colombianos que embellecían las paredes de los pasillos principales. Se detenía frente a cada uno de ellos para contar una anécdota, leer un verso o reconocer sus aportes a la literatura. De repente, Armando invitó a los niños para que se detuvieran. Estábamos frente a la oficina de Mercedes Carranza, quien fue la directora de esta casa, desde su fundación hasta el año 2003. Al fondo podíamos ver el piano que perteneció a la familia Silva. En esta sala, según la historia, se suicidó el poeta cuando tenía 31 años. Muchos niños hacían preguntas, algunos trataban de acercarse para ver más de cerca el viejo piano. Nelson y Sammy, intrigados por todas esas historias que contaba Armando, querían saber dónde estaba la cama donde el poeta había muerto.

El paso por la fonoteca fue fugaz. Luego nos detuvimos frente a la pileta de agua. Pudimos observar cómo en el fondo había cantidad de monedas que arrojan los visitantes porque, según los imaginarios de los habitantes de La Candelaria donde está ubicada esta casa, esto trae buena suerte. Jairo, desobedeciendo las indicaciones, encontró la manera de sacar varias monedas que luego tuvo que devolver a su sitio. Fredy, uno de los más pequeños del grupo, quiso imitarlo y en su intento cayó al fondo quedando totalmente empapado. Se angustió tanto que hubo necesidad de ayudarlo a sacar prontamente; de lo contrario, se hubiera congelado.

Julián, Wendy, Lorena, Yuly Viviana y Jaime fueron los primeros en buscar en sus bolsillos los quinientos pesos que costaba la impresión del poema que querían llevar. Esta es una oportunidad que ofrece la Casa de Poesía Silva para quienes desean regalar poesía a la carta.

A medida que caía el atardecer, el frío se hacía más intenso. Después de comprar la poesía a la carta, caminamos por un pasillo donde había una exposición de objetos que pertenecieron al poeta Silva: la pipa, su pasaporte, una carné estu-





diantil, medallas de excelencia académica, un sombrero, el libro que leyó la noche anterior a su muerte. Después de conocer tan cerca la vida del poeta, nadie escapaba a la curiosidad de escudriñar cada objeto, de interrogarlo, de perpetuarlo en la memoria.

Había llegado la hora de regresar. Era viernes y el tráfico estaba muy congestionado. El conductor de la buseta perdió el rumbo y tomó una ruta equivocada. Después de casi una hora de retraso, logramos llegar al colegio, donde muchos padres de familia esperaban con ansiedad a sus hijos. El lunes siguiente, Andrés Mauricio, el niño más juicioso, anduvo mostrando una pequeña moneda que según su inscripción pertenecía a 1996, año en que se cumplió el primer centenario de la muerte de Silva.

Nunca supimos cómo logró sacarla de la piletta. Todavía la guarda en su billetera y asegura que se ha convertido en su amuleto favorito.

“Si un niño se les acerca, entonces, si ríe, si tiene de oro los cabellos, si no responde cuando se le pregunta, adivinarán seguramente quién es. ¡Sean amables con él! Y a mí no me dejen tan triste: escríbanme en seguida que el principito ha vuelto”.

Así termina la lectura que sucedió a ese encuentro vital con la poesía y la literatura colombiana. Fueron varias semanas las que dedicamos a leer esta hermosa historia. Recuerdo cómo los niños disfrutaban de sus páginas. Cada viaje del pequeño príncipe era motivo de admiración y asombro. En el transcurso de ese año y en los posteriores, vinieron otros libros, otros autores, otras experiencias que indudablemente dejaron huellas en sus vidas. Hoy, los niños protagonistas de esas inolvidables experiencias, son ya jóvenes que pronto se graduarán como bachilleres. Este es su último año de estadía en el Marco Tulio Fernández. Cada uno tomará rumbos diferentes: estudiar, trabajar y viajar.

Pero habrá un vínculo que siempre los unirá: su capacidad de soñar, imaginar, crear y luchar por lograr sus ideales.

